

JUAN MALPARTIDA

LA CASA AMENAZADA

I

Ve, ve, ve, dijeron todas las voces,
y cada dirección carecía de sentido.
Eran latidos, calles, pasillos de tu casa
que daban a cuartos donde una mujer
zurcía el pañuelo roto del mundo
y un hombre apoyaba su estatura
sobre un débil pronombre enquistado.
Un poco de sol
y la tristeza de vivir como alimentos.
Más allá, las sombras
de familiares entrevistados
en las ceremonias de los ciclos:
iniciaciones, exaltaciones, defunciones,
y el coche por el camino polvoriento
que va a ninguna parte:
el lugar de aquella infancia
preñada de sueños del lugar
de otra parte.

II

No sé si tuve infancia. Siendo niño jugué
con los otros a ser jinete sobre la caña,
a hablar todas las lenguas, conversar con los pájaros,
y, en los largos inviernos, echado en la ventana,
ver pasar el río: los restos a la deriva
(sobre un cajón el gallo, perplejo y remojado),
truncos, enseres, la cosecha de la tormenta
bogando a las islas de nuestra piratería.
No fue un paraíso, tampoco el fundamento.
Yo quería, como el río, arrasarlo, alcanzarme
en otro sitio, lejos, más allá de la muerte.
Vi, pronto y sin descanso, en la piel de mis mayores,
la sombra hueca, rota, su peso indescifrable
sobre los párpados de ceniza de mi infancia.
Vi lo que tenía que ver, mas no con mis ojos.

Crecer fue despojarme hasta envolver la nada.

III

Un día, fugaz e insistente
como la ola en la marea,
vi de frente al niño del patio.
Recién llegado llevaba allí siglos:
tenía un pájaro de óxico entre las manos
y una palabra muda
que hacía rodar como un aro.
Él daba vueltas con esa palabra
(¿desde dónde, hacia dónde?)
Bajo un sol africano
o a la sombra de la casa amenazada,
era el círculo de todas las horas.
Una tarde, el piar de los vencejos
inflamó el oxígeno, quemó mi sangre,
se desvió el tiempo hacia otro tiempo,
el río dilató sus márgenes e inundó
las raíces secas de la memoria:
la mano vio la estrella
y estalló, como una rama seca,
el círculo del aro. Fuera de sí
sus fragmentos se extendían.
Espuma del día, el aire los llevaba,
el sol los encendía, los apagaba.
Entre dos palabras guardé
la piedra del cielo: lapislázuli,
espiral de átomos, constelaciones,
lento caracol bajo un sol de invierno,
pasos encendidos en la calle sin nadie,
enigmas de la sal, resurrecciones,
y el sello de la errancia inscrito
para siempre en la palma de la mano.

IV

Cierra los ojos ¿qué ves? preguntó mi hermana.
Veo, dije tumbado en la arena,
un círculo amarillo tostado por el fuego,
un rectángulo rojo,
ramajes blanquecinos,
un melón volcánico.

Y, al abrir los ojos,
la espuma del sol brotaba en mi frente.
Las piedras blancas de la orilla
y la rima monótona y siempre nueva
del mar.

¿Qué ves?

La piedra estallando en el aire
y una lluvia de tierra roja y verde
cubriendo mi cuaderno de clase;
un sexo de mujer habitando el cielo
de espasmos y vegetaciones inmarcesibles,
un camino de juncos
que me conducían al claro de un bosque
donde oía mi nombre como un eco.
Tumbado sobre la tierra
seguía durante horas el camino de hormigas
con sus innumerables cargas
de pan, insectos cadáveres, hojas.
Peregrinaciones
en el cielo arenoso de mi infancia
¿camino de dónde?

Buscaba la piedra,
la luz entera, el pliegue de la piel.
Buscaba sin saber, tal vez sólo buscaba
el cuerpo del otro lado del cuerpo.